

 escuelas católicas	Departamento de Pastoral	Página 1 de 2
	Primera transformación	

Rediseñar el currículo para dar fundamento a la vida

El universo Marvel, con su última entrega “Doctor Strange” (2016), nos vuelve a abrir a la dimensión trascendente de la realidad, que lejos de eliminar lo puramente tangible o científicamente observable, lo propone complementario e interactuante. Este estreno nos presenta un bello proceso de aprendizaje en su protagonista, el cual se acerca al Nepal en busca de una curación corporal, y se encuentra con una sanación integral. Este neurocirujano positivista y escéptico, busca recuperar la movilidad de sus manos, instrumento necesario para ejercer su profesión, su “razón de vivir”; pero instruido en las “artes místicas” por una maestra en una comunidad de aprendizaje, “ensancha la cerradura por donde trataba de vislumbrar el universo” y “abre el ojo de su mente”, terminando por vislumbrar “una razón por la que entregar su vida”.

Encontramos en esta breve sinopsis muchos de los elementos de la transformación del currículo en clave pastoral, primera de las cuatro transformaciones que hemos desarrollado brevemente en el primer número de nuestra revista, y que iremos desgranando, a lo largo de este curso. Con ello, deseamos enriquecer el Pensamiento de Innovación Educativa (*Revista Educadores*, nº 258) con la dimensión pastoral, con el fin de ayudar a nuestra escuela a ser evangelizadora.

En lo que respecta a esta primera transformación, el concepto de inteligencia reformulado por Howard Gardner y su gran impacto en el mundo de la educación, agotado de repetir modelos que llevamos décadas descubriendo caducos, han abierto nuevas posibilidades pedagógico-pastorales. La que conocemos por novena inteligencia, más allá de recibir diferentes denominaciones por parte de los expertos, es pluridimensional, abarca lo que Wittgenstein denominó “*lo místico*”, aquello que supera lo científicamente demostrable: lo moral, lo existencial, lo metafísico..., todo aquello que podría ser aglutinado en lo espiritual. Por fortuna o desgracia, el cine de ciencia ficción, y la literatura que lo inspira en tantas ocasiones, relega esta dimensión a lo mágico y un tanto maniqueo, dividiendo la realidad que trasciende lo fáctico, en buenos y malos, en fuerzas que destruyen el mundo o lo protegen, en hechiceros que las pueden controlar en beneficio propio o de los demás. Sin duda, algo, que a lo largo de los siglos, el cristianismo ha tratado de contrarrestar con la fe en un Dios bueno que crea todas las cosas para el bien. Un Dios que en Jesús, se hace hombre, para salvar al ser humano desde el poder de lo más sencillo y cotidiano: el amor. Una fuerza que “derramada en nuestros corazones por el Espíritu” (Rm 5,5) nos impulsa a entregar la vida para hacer de este mundo, un lugar mejor. Para que este mensaje llegue a nuestros alumnos, fascinados por el universo Marvel, o el que abrió hace algún tiempo Harry Potter y el mundo Hobbit; debemos proponer en nuestras escuelas, diferentes itinerarios para trabajar la dimensión interior de la persona, esa capacidad que le ayude a trascender lo puramente tangible, y profundizar e integrar conocimientos y experiencias. Una escuela evangelizadora no reduce la formación religiosa, en sus diferentes dimensiones, al área de religión, sino que trata de establecer el diálogo fe-cultura en los diversos procesos de aprendizaje. Pero, como sucede con el resto de los contenidos del currículum, para que el aprendizaje religioso sea significativo, y aún más el axiológico, es necesario propiciar experiencias, proponer itinerarios de búsqueda más profundos y metodologías que ayuden a:

 escuelas católicas	Departamento de Pastoral	Página 2 de 2
	Primera transformación	

- situarse ante el cosmos y ante la propia existencia como temporal (pasado, presente y futuro), necesitada de significado (¿De dónde venimos? ¿Cuál es el destino final de la humanidad y del mundo?) y orientación (¿Para qué y por qué vivimos?).
- profundizar, transcender e integrar las experiencias-conocimientos en su totalidad y universalidad: Verdad (¿Qué puedo saber?), Bondad (¿Qué debo hacer?) y Belleza (¿Qué me eleva por ser sublime?).
- experimentar el misterio, lo que puede conducir a una personalización de una determinada religión (¿Qué me cabe esperar?).

Preguntas que subyacen en lo profundo del ser humano, y que suelen surgir en los momentos de sin sentido, como el que viven tantos de los protagonistas de las películas antes citadas, cuando se busca una “razón para vivir”, y la encuentran al descubrir otra dimensión que trasciende la realidad. Todas estas cuestiones nos revelan ¿qué es el hombre?, como afirmaría Kant, pero en el “hondón” del alma (Sta. Teresa y Unamuno), la pregunta se formula como la búsqueda de la propia identidad y sentido de la vida. A pesar del intento de *los filósofos de la sospecha* (P. Ricoeur) de negar esta dimensión espiritual-transcendente de la realidad que nos rodea, y del propio ser humano, y de reducir todo a la dimensión material, lo “místico”, reaparece como esa capacidad y/o experiencia que ayuda al ser humano a reconstruirse y reconstruir (Alport, Jung, Frankl, Maslow...).

Desde nuestro ideario católico, y experiencia personal, sabemos que el encuentro con el *Maestro Interior* (san Agustín) y su Palabra escuchada y obrada, aporta el más sólido de los cimientos (Mt 7, 21-27), que ayuda a afrontar las tempestades de nuestra *sociedad líquida* (Z. Bauman). Proponer y desarrollar actividades que posibiliten la experiencia personal del misterio, es un desafío que debemos afrontar en nuestros centros si queremos que el anuncio del Evangelio, sea significativo. En nuestros días, solo será creyente, quien haya tenido una experiencia mística (K. Rahner - J. Martín Velasco). Con ello, no nos referimos a las “artes místicas” que aprendió el Doctor Strange en el recinto secreto de Kamar-Taj, o Harry Potter en Hogwarts, sino al encuentro personal con Cristo que acontece en la vida de una persona. Dicha experiencia, releída desde el acompañamiento espiritual, instrumento que deberíamos recuperar o potenciar en nuestras escuelas, se comprende como una revelación personal, a la que se responde con esa adhesión fundamental que llamamos fe y desde la que se podrá articular un proyecto de vida cristiano. El que hace esta experiencia personal, puede comprender las experiencias de otros creyentes, aunque pertenezcan a otras religiones, lo que sin duda fomentará el diálogo religioso.

Todo ello ayudaría a propiciar un giro vocacional a la orientación académico-profesional en nuestros centros. La persona no se define por lo que hace o tiene, sino por lo que es y quiere llegar a ser. La formación del carácter, tendría que ser una prioridad en nuestros proyectos educativos, propiciando actividades, tiempos y espacios para que nuestros alumnos descubran los “hilos” con los que tejer sus vidas (fortalezas internas, valores, virtudes, principios...), y vayan fijando las cumbres a donde quieren dirigir sus existencias, el horizonte de sentido que dará un “por qué” y un “para qué” a sus decisiones cotidianas, “una razón por la que entregar la vida”.